

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA CRISIS DEL PAÍS
VASCO DEL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XX: ENTRE LA
CRISIS ESTRUCTURAL Y LAS NUEVAS INCERTIDUMBRES

*Some Reflections on the Crisis of the Basque Country
during the Last Quarter of the 20th Century: Between
Structural Crisis and New Uncertainties*

MANUEL GONZÁLEZ PORTILLA

Universidad del País Vasco

RESUMEN: Un crucial interrogante plantea la situación actual del País Vasco: el de saber si nos encontramos ante una profunda y quizá irreversible crisis de su tradicional modelo de desarrollo económico, institucional y político, lo que acarrearía desastrosas consecuencias en casi todos los órdenes de la vida colectiva, o, más bien, ante un final de ciclo o etapa que, a diferencia de la primera posibilidad, no impediría la aparición de nuevos ejes de desarrollo. La respuesta debe confrontar el estudio de lo que ha sido la evolución histórica de este territorio con los planteamientos y soluciones que se arbitran para los problemas del presente. Este trabajo pretende justamente arrojar luz sobre ambas cuestiones, exponiendo un conjunto de reflexiones que ayuden a clarificar una compleja y sin duda incierta realidad.

Palabras clave: País Vasco, Siglo XX, Crisis, Industrialización, Nacionalismo Vasco.

ABSTRACT: A crucial question hangs over the present situation in the Basque Country: Are we facing a profound and perhaps irreversible crisis in its traditional pattern of economic, institutional and political development, which would result in disastrous consequences at almost all levels of society, or is it rather the end of a cycle or stage which, unlike the first possibility, would not hinder the appearance of new foundations of development? The answer must compare the study of what has been the historical evolution of this territory with the approaches and solutions that

are being arbitrated for the current problems. The aim of this study is to shed light on both questions, presenting some reflections that may help to clarify a complex and undoubtedly uncertain reality.

Key words: Basque Country, 20th Century, Crisis, Industrialization, Nationalism Basque.

Situarnos en el fin del siglo XX en el País Vasco supone entender y asumir que estamos ante el final de un ciclo histórico de una duración superior a la centuria, que se inició en 1876 y está concluyendo en estos años de final de siglo. El símbolo de este ciclo bien podría ser la moderna industria siderúrgica española y vasca y los subsectores que surgen alrededor de ella. Esta nació en la margen izquierda de la ría de Bilbao, en los pueblos de Baracaldo y Sestao en 1882 al crearse las fábricas de Altos Hornos de Bilbao y La Vizcaya. Años después, en 1901, se fusionaban para dar origen a Altos Hornos de Vizcaya (A.H.V.), la empresa insignia de la industrialización vasca a lo largo del siglo XX. Esta industria y esta empresa, símbolos del desarrollo del País Vasco, llegaron a su óbito en 1996 con el cierre y liquidación de A.H.V., después de haber vivido una larga agonía iniciada en 1976, y agravada en cada nuevo cambio coyuntural negativo. Por lo tanto, para comprender lo que está aconteciendo en el País Vasco en este final de siglo, y cuál puede ser su evolución en el medio y largo plazo, tenemos que adentrarnos en el conocimiento de su evolución histórica a lo largo del último siglo, y en especial de los dos factores que han ido remodelando la propia historia del País Vasco y España. Nos referimos al modelo de industrialización y sus fases, y al modelo del desarrollo del capitalismo, pero también a la nueva configuración ideológica-política que surge de este modelo, y que va a modificar a lo largo del *trend* secular la propia estructura del Estado-nación liberal surgido en el segundo tercio del siglo XIX.

La industrialización se fue edificando a partir de la industria siderometalúrgica hasta hacer del País Vasco la región de España donde se ubicará la mayor parte de la industria pesada y de bienes de equipo y, por lo tanto, especializándose como región industrial, en la que la industria metalúrgica termina representando la mayor parte del producto industrial bruto vasco al final de la segunda industrialización en 1975. Con la primera industrialización a finales del siglo XIX nacerán las dos fuerzas político-ideológicas que irán remodelando con el conservadurismo español la política vasca y española y redefiniendo el Estado. Nos referimos al nacionalismo y al socialismo. La presencia del nacionalismo contribuyó a alterar las relaciones entre los órganos político-administrativos vascos, como en el caso de las provincias forales, y el Estado, a la vez que abría el debate de la transformación del Estado y aun de la propia independencia de Euskadi. Debate en el que participaron las distintas fuerzas políticas, alterándose las relaciones entre éstas y el nacionalismo según la coyuntura y las transformaciones experimentadas en el seno de los mismos; relaciones que fueron experimentando modificaciones

en función de las propias necesidades y formulaciones defendidas por unos y otros. El nacionalismo vasco desde sus orígenes ha tenido una relación con el Estado que oscila entre el compromiso (el autonomismo) y el jacobinismo independentista (la creación del Estado-nación).

Por lo tanto, conocer con cierta profundidad cómo se ha configurado y condicionado el proceso histórico del País Vasco en este siglo a partir de los dos factores anteriormente descritos (industrialización y nacionalismo), merece un cierto análisis y reflexión. A finales del presente siglo (1996), cabe preguntarse si la comunidad vasca está viviendo una profunda crisis que afecta a su propio modelo de desarrollo económico, institucional y político, difícil de salir de ella, o bien se encuentran al final de un modelo y el inicio de la construcción de uno nuevo que se manifiesta en forma de crisis de lo viejo, a la vez que se inicia la construcción de lo nuevo. La cuestión no es baladí. Lo primero traería el declive y la falta de esperanza en el futuro. En esta disyuntiva no hay que olvidar que la cornisa cantábrica es una zona en declive y alejada de los ejes de desarrollo de la Unión Europea y España. Lo segundo conllevaría el final de un modelo y la aparición de nuevas estructuras productivas que darían paso a un nuevo modelo de desarrollo. En este caso, la crisis sería el resultado de los efectos del tránsito de un modelo a otro con las adaptaciones estructurales correspondientes.

La respuesta a estas cuestiones ha de buscarse tanto en los factores que han ido condicionando la evolución histórica como en las respuestas que se van dando a los problemas del presente. Las crisis económica y política de los últimos lustros se han centrado, por una parte, en la estructura industrial tradicional y, por otra, en la construcción de un nuevo sistema institucional, muy abierto, basado en el desarrollo del Estado autonómico y la Constitución de 1978.

La crisis económica vasca recoge, por una parte, la crisis de la industria tradicional enraizada en un modelo de desarrollo del capitalismo español con fuertes dosis de proteccionismo, oligopolismo y autarquismo, y por otra, los factores negativos que lleva implícita la propia evolución política interna vasca en la que han ido echando raíces factores político-sociales de índole negativa para la inversión y el desarrollo, como es la existencia de un tejido social radicalizado del que se nutre el nacionalismo radical tanto en el ámbito político (H.B.) y sindical (LAB), como en el terrorismo de E.T.A., y todo ello aglutinado en múltiples siglas y movimientos como el M.L.N.V. o K.A.S. La escasa vertebración ideológica-política que todavía presenta la comunidad autónoma vasca tanto a nivel territorial, entre las tres provincias, como a nivel ideológico, con un tejido social fracturado casi en dos mitades iguales con culturas político-ideológicas diferentes como las nacionalista y estatalista, termina por cerrar el círculo de factores políticos negativos para la estabilidad del país y la creación de un clima favorable a la inversión y al desarrollo.

LA CRISIS DEL MODELO INDUSTRIAL HISTÓRICO

Plantear aunque sea sucintamente los factores que han conducido a la crisis industrial del País Vasco en este cuarto final del siglo, es introducirnos en un pro-

ceso explicativo multifactorial de causas, pero también se nos plantea la necesidad de discernir el grado de incidencia de cada factor en el proceso. Primero, sin lugar a dudas, el modelo histórico de industrialización, que ha tenido una vigencia de un siglo, de 1876-1975, y que se vertebró alrededor del hierro y del acero, condujo a una creciente especialización industrial al País Vasco orientada hacia la metalurgia. Así, cuando llegamos al final de este período histórico podemos decir que el País Vasco se habría especializado industrialmente, y podemos concluir que nos encontramos ante una región con un cierto monocultivo industrial. Pero, además, los sectores económicos e industriales que habían ido configurando el tejido económico vasco, son los que entraron en una profunda crisis con la recesión mundial abierta en 1973. Son las industrias siderúrgicas, metalúrgicas, construcción naval y bienes de equipo tradicionales, químicas, papeleras y navieras. Es decir, las industrias que históricamente conformaron el País Vasco industrial. Segundo, el modelo de desarrollo del capitalismo español, desequilibrado y con importantes componentes de atraso, lo que algunos economistas e historiadores han definido como la «vía nacionalista» de este desarrollo, se fue consolidando a partir de ciertas políticas económicas y comportamiento empresariales y de mercado, las cuales se articularon y potenciaron con el proteccionismo, las tendencias oligopolísticas en importantes sectores económicos nacionales y el creciente autarquismo que alejaba a España del contexto y la competencia internacional. Todos estos factores, condicionados por coyunturas específicas como la de los años treinta (Segunda República y guerra civil) o la posguerra hasta 1957, contribuyeron a acentuar los vicios del capitalismo español, y con ello los desequilibrios en los niveles de riqueza entre las regiones y las clases y grupos sociales.

La industrialización española tras 1840 se había concentrado en Cataluña donde se localizaba la mayor parte de la industria ligera española y de bienes de consumo, y en el País Vasco y cornisa cantábrica (Asturias y Santander) la industria pesada y de bienes de equipo desde 1880. El resto de España seguía siendo fundamentalmente un país agrario y de baja productividad, con ciertas excepciones comarcales. Durante los años de 1940, con la posguerra, e impulsado por el franquismo, Madrid se convertía en la tercera gran región industrial española con un nivel de crecimiento no superado por ninguna de las otras regiones industriales.

PARTICIPACIÓN EN EL *P.I.B.* NACIONAL

COMUNIDADES	1940	1950	1960	1973
País Vasco	6,2	7,1	7,5	7,6
Cataluña	18,3	18,3	18,7	20,1
Madrid	8,6	10,2	11,6	14,6
Suma	33,1	35,6	37,8	42,3
España	100	100	100	100

Fuente: Roberto Álvarez: "Evolución de la estructura económica regional de España en la historia: Una aproximación", en *Situación*, 1986, 1, pp. 5-98.

Sin embargo, el nuevo ciclo expansivo de la economía mundial que se inicia tras la Segunda Guerra Mundial y las nuevas políticas económicas que lo impulsan de la mano de las teorías Keynesianas y del Estado del bienestar, llegan también a España, en la que tras el Plan de Estabilización de 1958-1959, se pone fin progresivamente al modelo económico anterior. Ello suponía abrirse a las nuevas tendencias del crecimiento del capitalismo mundial y a participar más activamente en el mercado internacional. La industrialización de la economía española fue progresiva y rápida tanto a nivel de mercancías como de capitales, y los emigrantes y el turismo la vinieron a consolidar con el grueso de divisas que aportaron a la financiación del desarrollo económico y social del país. Realmente, en estos años, entre 1960 y 1975, con una economía nacional que crecía alrededor del 7% acumulativo anual, es cuando se produce la industrialización española. Como era lógico y de esperar, las tres regiones industriales españolas serán las que más se iban a beneficiar de este desarrollo económico nacional. El crecimiento medio del P.I.B. per cápita en el período 1960-1975 fue del 8,1 en el País Vasco, del 7,9% en Cataluña y del 8,8% en Madrid, siendo la media española del 7,1%. Las tres comunidades pasan de participar del 33,1% del P.I.B. español en 1940 al 37,6% en 1960 y al 42,3% en 1973.

La economía vasca creció sobre todo en los sectores económicos tradicionales, los cuales seguían manteniendo importantes privilegios en el mercado interior como eran elevados aranceles y diversas políticas que les protegían de la competencia exterior y favorecían los oligopolios; es decir, el crecimiento reforzó la especialización industrial de la región, aumentando el peso de la industria metalúrgica en el tejido industrial, en otras palabras, aumentando el monocultivo industrial. Privilegios que posibilitaron el crecimiento de estas industrias, pero no mejoraron al ritmo adecuado su puesta al día tecnológica y sobre todo su productividad comparativa con la de otros países.

Por otra parte, un tema escasamente analizado y de gran trascendencia del final de este período, es el relacionado con la toma de decisiones de proyectos e inversiones de gran magnitud, pensadas en el largo plazo. Estas inversiones tenían un doble objetivo: reforzar el eje industrial del valle del Ebro a partir de sus dos extremos, País Vasco y Cataluña-Valencia, y preparar las bases de la tercera industrialización vasca con la potenciación de nuevos sectores industriales como el petro-químico, eléctrico, centrales nucleares..., y todo ello respaldado por una nueva y moderna infraestructura (superpuerto de Bilbao, autovías Bilbao-Barcelona, Bilbao-Frontera Francesa, etc.). Resultaría de sumo interés conocer lo siguiente: primero, quiénes fueron los promotores de dichos proyectos e ideas, pues no hay que olvidar que las inversiones «tragadas» por dichos proyectos supusieron cientos de miles de millones de pesetas de la época, varios billones actuales, y gracias a los recursos públicos posteriores, algunas de las instituciones financieras vascas, sociedades eléctricas, etc., pudieron soslayar la quiebra técnica con las repercusiones económicas y sociales que éstas hubiesen generado; segundo, el grupo que tramó estas decisiones, el cual detrajo del mercado español grandes masas de capital para financiar un proyecto de desarrollo industrial que estaba más cerca de ideas utópicas que de realidades concretas, despilfarrándose grandes

recursos financieros que orientados hacia la renovación de los sectores industriales existentes, como estaban haciendo japoneses, americanos y algunos países europeos, el choque de la crisis, iniciada en 1973, hubiese sido de menos calado, lo mismo que los efectos: la destrucción de parte del tejido industrial vasco y el paro que produjo; tercero, si los esfuerzos de estas inquietudes «inversionistas y empresariales» se hubiesen orientado a la transformación y mejora de lo ya existente para que alcanzase los niveles óptimos de productividad en el plano internacional, si se hubiesen concretado en inversiones en el medio y largo plazo para mejorar la competitividad de la producción propia con políticas inversoras y de infraestructura más realistas, los efectos de la crisis internacional de 1973 quizás habrían sido menores en términos de destrucción de tejido industrial y puestos de trabajo, y la realidad económica y social al menos a nivel del País Vasco, en la década de los ochenta y noventa, habría sido más positiva.

El P.I.B. per cápita de la Comunidad Autónoma Vasca descendía del nivel 136,7 en 1975 al 111,3 en 1985 y el 108 en 1993, respecto del nivel 100 español. En tasas de paro se pasó de tener un desempleo del 2,4% en 1975, frente al 5,6% español, al 23,8% y 21,9% respectivamente en 1985. En resumen, en el País Vasco entre 1975 y 1985, la tasa de paro aumentaba en un 892% frente al 291% de España. La crisis también se manifestó en el retroceso de la renta familiar disponible en términos de compra, la cual descendió respecto de la media nacional (base=100) del nivel 126 en 1975 al 99 en 1985 y el 96 en 1993.

Indicadores como el P.I.B. o la renta per cápita, la participación en el P.I.B. nacional, el paro o la evolución demográfica, nos reflejan los niveles de profundidad de la crisis. La participación de la economía de la Comunidad Autónoma Vasca descendió del 7,8% en el P.I.B. español en 1975 al 5,8% en 1992. Pero lo que es más significativo es el retroceso que experimentaban las dos provincias históricas industriales vascas (Vizcaya y Guipúzcoa) en el ranking de las provincias españolas en el el P.I.B. per cápita (Véase siguiente cuadro).

RANKING DE LAS PROVINCIAS SEGÚN EL P.I.B. PER CÁPITA

PROVINCIAS	1955	1969	1979	1991
Alava	5	1	1	5
Guipúzcoa	1	2	8	14
Vizcaya	2	4	12	11

En definitiva, lo que estamos diciendo es que las decisiones de una elite económica al final de la etapa desarrollista de los sesenta condicionó las posibilidades futuras del tejido industrial vasco y, aun, de parte del español, abandonando en un momento clave la preocupación por lo existente y desviando los esfuerzos empresariales y grandes sumas de capital hacia los megalómanos proyectos de la «tercera industrialización», que terminaron por arruinar al país. Ahí están: una central nuclear terminada y cerrada —Lemóniz—, y otras dos diseñadas (Ea y Deva),

las obras semiempezadas del superpuerto, una autovía semivacía de 600 kilómetros que une Bilbao-Barcelona, el diseño de la cuarta planta siderúrgica o de las industrias petroquímicas no nacidas, etc., sólo por citar los proyectos más emblemáticos de este proyecto y fracaso. Pero esta elite económica que toma estas decisiones, no es el mundo empresarial, sino la alta burocracia económica asentada en los consejos de administración de las grandes empresas públicas y privadas, especialmente, en la banca y entidades financieras, que no arriesgan su dinero sino el acumulado por los ciudadanos y las empresas. Este error de diseño se pagará con creces en el último cuarto de siglo con la destrucción de gran parte del tejido industrial tradicional y el crecimiento de un paro que se ha convertido en un factor estructural y que pasó del 2,4% de la población activa vasca en 1975 al 25% en 1995, siendo la española del 5,6% y del 24,2% respectivamente, y que ha contribuido a agravar la enfermedad socio-política del país, y a revitalizar y enquistar el radicalismo político en la sociedad vasca. La participación del sector industrial en el P.I.B. vasco disminuyó del 50% en 1975 al 41,7% en 1989, con una pérdida de 8,3 puntos, mientras que a nivel español el descenso era de 4,5 puntos, de 31,8% a 27,3% respectivamente. Respecto de la población activa industrial la reducción fue aún mayor al pasarse de un 46% de empleos industriales sobre el total de la población activa al 33,7% en dichos años, frente a un 27,2% y 22,2% de España.

CRISIS O QUIEBRA DE UN MODELO

El final de la Dictadura, la muerte de Franco y las incertidumbres de todo tipo y naturaleza que se le abrieron a la sociedad española en el período 1973-1982, contribuyeron a crear un clima de inseguridad, que en términos económicos supuso la no toma de decisiones para atajar los efectos de la crisis. Los problemas económicos se fueron agudizando (inflación, déficit, pérdida de competitividad, liquidación de las reservas del Banco de España para pagar una factura energética que crecía aceleradamente, etc.), como consecuencia de las crisis política y de Estado que tardarían en resolverse.

Cuando finaliza la primera fase de la transición política en 1982, los efectos que la crisis económica había tenido sobre el tejido económico e industrial vasco, habían sido devastadores. Sin embargo, como ya hemos señalado, gran parte de las causas que las provocaron hemos de buscarlas en las estructuras económicas surgidas entre 1876-1975, y que resumidas se centraron en los tres aspectos anteriormente resañados: tipología industrial con una creciente especialización metalúrgica centrada en el hierro y acero; industrialización o modelo industrial que se articula, y que el mismo da origen, en un modelo de desarrollo capitalista ultra-proteccionista, corporativo, autárquico y con tendencias a los oligopolios; y los recursos tanto en iniciativas como en capitales absorbidos por la malhadada «tercera industrialización», cuyos efectos todavía se sienten hoy día, sobre todo los financieros, que siguen pagándose. Los datos reflejan bastante fehacientemente la profundidad de la crisis vasca. El crecimiento del P.I.B. vasco fue negativo entre 1975 y 1985 (-0,3%), frente a un incremento nacional del 1,8%. Si comparásemos

con la Comunidad Europea la pérdida de posiciones relativas ha sido espectacular. Así, de tener la Comunidad Autónoma Vasca un P.I.B. per cápita de un 110 sobre la media comunitaria (base=100) en 1975 descendió al 81% en 1985, siendo la media española de un 80,4% y 71,8% respectivamente. Es decir, el País Vasco perdía 29 puntos y 8,6 España.

Sin lugar a dudas, a los tres factores anteriormente descritos (especialización industrial, modelo de desarrollo y efectos de la non nata tercera industrialización), que son los que realmente explican buena parte de las dimensiones de la crisis industrial vasca, hemos de agregarles otros de distinta naturaleza, y que están también relacionados o son productos de los factores anteriormente descritos, como son el *atraso tecnológico* —la obsolescencia de parte del utillaje industrial—, el *desarme arancelario* con la progresiva internacionalización de la economía española, especialmente desde la entrada en la Comunidad Europea en 1984, y la *incertidumbre política* en la que se ve inmerso el País Vasco.

El atraso tecnológico —la obsolescencia— en el que estuvo sumido gran parte de nuestra industria desde el final de la primera guerra mundial, fue potenciado por el modelo de desarrollo del capitalismo español, cada vez más proteccionista y corporativista.

Los problemas que se acumularon tras la crisis de 1973 pusieron en evidencia dicha obsolescencia, y los problemas actuales se agudizaron con las nuevas necesidades de la política económica: apertura al exterior y desmantelamiento del proteccionismo y corporativismo, es decir, del modelo de desarrollo anterior. Los sectores industriales tradicionales fueron los más afectados por la nueva situación, y no hay que olvidar que una parte de ellos se localizaban en el País Vasco y en la cornisa cantábrica (siderurgia, metalurgia pesada y ligera, construcción naval, química, papeleras, marina mercante...).

Desde la Administración, los ajustes sociales y económicos producidos por la crisis dieron lugar al nacimiento de una nueva jerga terminológica que no pasó de ahí, y que se diseñó como política industrial alternativa con la que hacer frente al desmantelamiento de los sectores económicos e industriales tradicionales en crisis, y que no es otra que la llamada «reconversión industrial» y la promoción de zonas de nueva reindustrialización. El País Vasco vio cómo desaparecían en estos años la mayor parte de su tejido industrial tradicional, pero lo que es aún más grave por los efectos que tuvo sobre el desarrollo y en las políticas de I+D, la mayor parte de las grandes empresas industriales.

La larga acumulación de atraso tecnológico ha hecho que la economía española lo esté recuperando a lo largo de las últimas dos décadas. De ahí que con una población ocupada parecida en 1975 y 1994, el P.I.B. español se haya duplicado. Es más que probable que todavía en los próximos años se siga con este proceso de recuperación. Esto quiere decir que la capacidad de creación de empleo de la economía nacional ha sido muy pequeña o nula en estos veinte años y que el crecimiento de los activos se haya traducido en un vertiginoso aumento del paro. Posiblemente, en los próximos años, y con el cambio de siglo, se haya terminado con la recuperación del atraso tecnológico y alcanzado la productividad de los países de nuestro nivel de desarrollo, y se continúe el crecimiento econó-

mico, pero creando empleo neto. Por lo tanto, una parte importante de la explicación de nuestro excesivo paro hemos de buscarla en el modelo de desarrollo del capitalismo español y el atraso tecnológico que impuso a una industria ultra-protegida y poco competitiva. La apertura económica al mercado internacional y el progresivo desarme arancelario que se acelerará con la entrada en la Comunidad Europea en 1984, pusieron en evidencia las deficiencias estructurales de los sectores económicos e industriales que habían disfrutado de políticas económicas proteccionistas, y que presentaban importantes problemas de competitividad y atrasos tecnológicos acumulados. Un buen ejemplo de los efectos que introducen estos cambios, es el desmantelamiento industrial que conoce la ría de Bilbao en los años ochenta y noventa, convirtiéndose en la zona del País Vasco más afectada por la crisis.

Por último, la nueva realidad política e institucional vasca está asimismo generando nuevas incertidumbres que actúan negativamente sobre la inversión y el crecimiento económico. Plantear aunque sea sucintamente, algunos de los problemas ideológicos, políticos y de configuración de las relaciones entre la Comunidad Autónoma Vasca y el Estado, es entrar en una de las cuestiones político-sociales más vidriosas de la realidad social vasca del último cuarto de siglo, y adentrarnos en uno de los factores extraeconómicos más negativos que ha desmotivado la inversión y aun la propia permanencia del empresariado en el país. Un buen indicador del reflejo de este costo sería la pérdida de industrias en la Comunidad Autónoma Vasca a favor de las comunidades vecinas (Navarra, Rioja y Castilla León a través de Burgos), como bien nos lo refleja el índice de especialización sectorial, donde el peso de la industria en el País Vasco ha bajado del nivel 189,4 en 1985 al 166,7 en 1994, mientras el de Navarra ascendía del 146 al 186,4 y el de La Rioja del 121,2 al 143,2 respectivamente, siendo 100 la media española.

Estos factores han configurado una sociedad desvertebrada en lo ideológico y lo político. Ideológicamente, la Comunidad Autónoma Vasca, conformada sobre un territorio pequeño y densamente poblado pero en el que vive sólo una población de 2.100.000 según el censo de 1991, está dividida en dos grupos y casi mitades ideológicas, que algunos estudiosos y hombres públicos han definido como la existencia de dos comunidades, la nacionalista y la estatalista-española (no nacionalista), y que desde ciertos ámbitos se habla de autóctonos y foráneos con sus respectivas culturas. División que tiende a separar electoralmente al país en dos mitades: nacionalista y estatalista-española. Esta división está impidiendo cerrar el proyecto político-institucional en el que deberían de vivir y convivir los vascos al menos de las dos próximas generaciones.

Esta división ideológica también trasciende al propio seno de cada una de estas dos grandes corrientes. El nacionalismo fluctúa entre el jacobinismo independentista (creación de un Estado-nación propio) que pervive en cada grupo político nacionalista, y el proyecto de concertación con el Estado, el proyecto autonómico y de autogobierno. En el seno de la corriente estatalista española, se dan también las tendencias de un mayor o menor apoyo al Estatuto de Guernica y al pleno desarrollo autonómico. Además no hay que olvidarse de que estas dos grandes corrientes políticas están a su vez sesgadas por la ideología común al resto

de los partidos políticos (conservadurismo/progresismo, liberalismo/estado del bienestar, derecha/centro/izquierda, etc.).

Esta fractura ideológica de la sociedad es a su vez tamizada por la división provincial de la propia comunidad autónoma. Las tres provincias (Álava, Vizcaya y Guipúzcoa) que la conforman políticamente, se manifiestan de forma muy diferente, con posiciones de alejamiento ideológico entre ellas: Álava es la más estatalista-española, con un electorado que opta en sus dos terceras partes por dicha opción política, y por lo tanto es la menos nacionalista. Guipúzcoa sería la más nacionalista, pero donde predomina el nacionalismo jacobino tanto a nivel del electorado como entre los líderes políticos de los partidos nacionalistas. En esta provincia es donde se asienta el electorado de HB y EA, y los líderes más radicales y jacobinos del PNV. Políticamente la mayoría de los ayuntamientos guipuzcoanos, con excepciones de las localidades de antigua industrialización y el cinturón alrededor de San Sebastián, son nacionalistas, resultando la presencia de los partidos estatalistas nula o meramente testimonial. Vizcaya se situaría en una posición de moderación respecto de las otras dos provincias. Moderación que trasciende a las propias organizaciones políticas, donde los partidos nacionalistas, y, sobre todo, el PNV se decantan mayoritariamente por el autonomismo, y en el que el foralismo provincial sesga el propio ideario político del partido nacionalista, moderándolo en su lenguaje nacionalista. Hasta ahora sólo hemos mencionado uno de los factores que ha representado y representa una de las líneas ideológicas de contención del nacionalismo jacobino e independentista: *el foralismo provincial*, muy arraigado en las tres provincias y sobre todo en Álava y Vizcaya.

El foralismo histórico puede ser el factor moderador y de freno del nacionalismo, sobre todo de su ala jacobina, pero también el factor que posibilite el acercamiento entre el mundo político nacionalista y el estatalista. No hay que olvidar que el foralismo contemporáneo nace con el Estado liberal, se desarrolla durante la Restauración con el impulso de los Concierdos Económicos y serán las fuerzas conservadoras las gestoras de dicho proyecto político. Por lo tanto, no se puede despreciar esta variable en el futuro de la propia estructuración de la política vasca. En el pasado ya hemos conocido la primera gran escisión en el nacionalismo moderado, en el PNV, al intentar su ala jacobina que dominaba el Gobierno Vasco y su presidencia con Carlos Garaicoechea, construir un País Vasco políticamente unitario y centralista, reduciendo el poder político de las provincias. La respuesta del partido surgida con fuerza en las instituciones forales políticas provinciales de Vizcaya y Álava, y a nivel del partido de ambas provincias, fue la destitución del Lehendakari Garaicoechea y el no apoyo a la línea política del gobierno. Guipúzcoa, que apoyaba la línea jacobina del Gobierno, es la provincia donde Garaicoechea tenía y tendrá su máximo respaldo político. Esta confrontación trajo la división del partido, donde la fracción jacobina creó su propia organización política, Eusko Alkartasuna (EA), mientras el PNV tradicional se mantenía con fuerza en su feudo histórico, la provincia de Vizcaya. La militancia y el votante del PNV en Guipúzcoa se decantaron mayoritariamente por la opción jacobina nacionalista, por EA. Carlos Garaicoechea, Mario Fernández (Vicelehendakari), Marcos Vizcaya y Jose Ángel Cuerda se pueden citar como los políticos más destacados de esta

opción. La línea foralista que sale triunfante de la asamblea de Castillo Elejabeitia, estaría representada entre otras personalidades por Xabier Arzallus, Jose María Macua y los hermanos Guevara. No es momento de hacer un análisis de la evolución política de ambos partidos y sus personalidades, aunque sí hemos de destacar que la reconstrucción política del PNV se ha vuelto a basar en la incorporación del ala nacionalista jacobina, muy arraigada entre los líderes guipuzcoanos, cuyo portavoz más destacado sería Eguibar. La tensión vuelve al interior del partido, aunque en este momento el liderazgo del gobierno presidido por José Antonio Ardanza representaría la opción moderada, foralista y autonomista, que es la mayoritaria a nivel del partido, y muy arraigada entre la militancia alavesa y vizcaína. El foralismo está también muy asentado entre los partidos estatales: entre los conservadores: UCD, AP, PP, y UA (actualmente sólo existen PP y UA) y la izquierda: PSOE-EE, PCE, IU; aunque realmente está más enraizado en el conservadurismo político que ha sido su valedor y gestor histórico, que en la izquierda.

Por lo tanto, el foralismo seguirá siendo en el futuro un freno al jacobinismo dentro del nacionalismo vasco, especialmente en su corriente mayoritaria, la del PNV. Así, la confrontación política se puede situar en el País Vasco entre su acepción más tradicional, conservadurismo/progresismo, derechas/izquierdas, matizada a su vez por el nacionalismo vasco/estatalismo español, y el factor foral, que puede asimismo modificar las posturas internas de los partidos nacionalistas y no nacionalistas. Es un factor que no hay que desdeñar en las posibles alteraciones que pueda experimentar el sistema de partidos en el País Vasco en el medio y largo plazo. La desaparición de la violencia política y de ETA puede modificar profundamente las organizaciones políticas y los principios ideológicos de los mismos. En la familia nacionalista, la decantación girará en torno a posiciones jacobinas y autonómicas foralistas, es decir, entre la independencia y la autonomía en el Estado español, matizada por el foralismo provincial. Por la experiencia histórica adquirida, cualquier decisión surgida del ala jacobina y que afecte al régimen foral del país con la intención de crear un Estado-nación vasco, supondrá alterar la reglas institucionales actuales, y la más que probable ruptura en la comunidad nacionalista, extendiéndose ésta también a nivel territorial: con una provincia alavesa muy identificada con lo español, y una provincia de Vizcaya cuya población mayoritariamente se decanta por el autonomismo moderado, siempre mediatizado por el foralismo vizcaíno. En resumen, es más que probable que el nacionalismo evolucione hacia la existencia de dos grandes corrientes políticas: la jacobina independentista y la autónomo-foralista. La cuestión que se nos plantea es saber si, a partir de estas posiciones, el nacionalismo vasco se puede articular en organizaciones políticas netamente diferenciadas desde estas premisas. El mantenimiento del *statu quo* actual sólo supondría mantener la incertidumbre política sobre el futuro del País Vasco y alentar nuevamente el radicalismo en la acción política y la violencia como alternativas para conseguir el objetivo supremo: la creación del Estado-nación vasco. Los costes sociales y, sobre todo, económicos, del mantenimiento de la incertidumbre convertirían al País Vasco en una región con pocas posibilidades de atracción de inversiones y empresarios, y continuaría el actual declive, convirtiéndose progresivamente en una zona con graves problemas

estructurales de convivencia social y atraso económico comparativo. Clarificado el panorama ideológico-político en el nacionalismo vasco, el foralismo estaría llamado a convertirse en el factor aglutinador de una nueva corriente política que nacería del conservadurismo foralista español, muy arraigado en el País Vasco, y el autonomismo foralista existente en el nacionalismo desde sus orígenes históricos. La izquierda estatal podría recorrer el mismo itinerario. Asentados los principios democráticos y los valores del nuevo estado autonómico en la derecha conservadora española, la evolución hacia una nueva reestructuración política en el conservadurismo vasco (nacionalismo y conservadurismo español) no solamente sería viable sino altamente positiva para la estabilidad social y política del país, favoreciéndose con ello la convivencia y creando los mecanismos necesarios, aunque no suficientes, para el crecimiento económico y la estabilidad institucional. La evolución política-ideológica podría articularse en dos grandes corrientes: la autonomista-foralista, en la que estarían encuadradas los partidos e ideologías actuales que conforman el entramado político estatalista-español, y el nacionalismo-autonomista con sus respectivas corrientes conservadoras y progresistas actuales. La opción jacobina, en la que el independentismo actual estaría inmerso, tendría cierta capacidad de presencia y actividad política dentro del sistema, incluido el de presentar propuestas de autodeterminación.

El radicalismo, producto del jacobinismo nacionalista, con sus derivaciones políticas, sociales y de terrorismo, sería otro de los factores estructurales negativos para la inversión y el desarrollo, que ha echado raíces en la sociedad vasca en el último cuarto del siglo. Este radicalismo se manifestaría de formas múltiples. A nivel político electoral la coalición Herri Batasuna (HB) recogería a los votantes de este radicalismo social, mientras otro tipo de organizaciones penetrarían en otras esferas de la vida social: la acción sindical sería protagonizada por LAB, Ikasle Abertzalea y Jarrai agruparían a las juventudes, y múltiples organizaciones darían respuesta a otro tipo de necesidades como gestoras pro-amnistía, grupos ecologistas, "pacifistas", etc. ETA sería el brazo armado del movimiento, mientras la alternativa KAS y el MLNV serían las formaciones que aglutinarían al conjunto del movimiento radical. El movimiento tiene un objetivo: el de construir el Estado-nación vasco con una lengua única y común para todo el territorio, que no es otra que la lengua nacional que debe articular la nación: el Euskera. Este proyecto de creación del Estado-nación se impondría al conjunto del tejido social por vía de la revolución y la lucha armada, donde los ciudadanos no tendrían nada que opinar y que decir a la vanguardia, la cual con su lucha traería nuevamente las esencias históricas del pueblo vasco, las cuales se manifestarían en el presente con la creación del Estado-nación, y que son primigenias a los propios ciudadanos y al sistema democrático.

Sin embargo, este radicalismo nacionalista, muy asentado en el tejido social vasco, ha sido posiblemente el factor más negativo y desincentivador con el que se ha encontrado la economía y el empresariado vascos en el último cuarto del siglo XX. La incertidumbre política es una de las variables extraeconómicas que condicionan previamente cualquier iniciativa empresarial y el propio crecimiento económico a largo plazo. La solución a la misma es la precondition para cambiar

la trayectoria económica y la incentivación de la inversión. La extorsión al mundo empresarial y a colectivos profesionales, la recaudación y pago del llamado impuesto revolucionario, los secuestros, atentados y asesinatos, agravan la incertidumbre sobre el País Vasco y su viabilidad política por el apoyo social que recibe el terrorismo. Por lo tanto, la desaparición o desactivación del terrorismo es una precondition para que realmente se produzca un cambio entre los inversores, sobre todo los exteriores a la comunidad vasca, y mejoren las expectativas económicas. Mientras tanto, el estrangulamiento económico del País Vasco seguirá produciéndose, y con ello la pérdida de cualquier cambio positivo en la tendencia económica del país a nivel comparativo. Sin lugar a dudas, este es uno de los problemas, y que se ha convertido en estructural, más complejos de desactivar, en primer lugar, y transformar, posteriormente, en una corriente del nacionalismo inmersa en el sistema. La solución política al problema, así como la pacificación y desaparición de ETA, son soluciones a largo plazo, y me refiero a soluciones que habrán de esperar una o dos generaciones. Será uno de los problemas político/sociales que tendrá enquistado la U.E., pero por el que se habrá pagado un alto precio en desarrollo y bienestar social en el País Vasco.

Por último, otro dato que queremos resaltar es el papel desempeñado por las instituciones políticas y la administración surgidas del desarrollo autonómico. Éstas han creado un excesivo complejo político-administrativo, muy burocratizado, como consecuencia de la existencia de varias administraciones, que, en muchas ocasiones, compiten entre ellas, lo que resulta un entramado de competencias, que dificulta la resolución eficiente de las cuestiones planteadas por los administrados, situación que no es más que el resultado de la competencia y equilibrio político entre las fuerzas políticas estatales y nacionalistas. Esta lucha por las competencias emana de la existencia de diversas instancias institucionales que duplican poderes y administración. La consolidación del régimen foral provincial en la Comunidad Autónoma ha determinado que crezcan con igual fuerza la idea de la construcción unitaria de la comunidad política vasca y la foral provincial. Esto ha contribuido a que ambos conceptos "autonómicos" se desarrollen por igual. El comunitario a través del estatuto de autonomía, y el foral a través de la Ley de Territorios Históricos (LTH) y los Conciertos Económicos, que suponen un corsé al propio estatuto y a la construcción de un País Vasco unitario y centralista. El resultado de este "doble autonomismo" se ha materializado en la existencia de cinco administraciones (estatal, autonómica y tres forales), cuatro cámaras parlamentarias (el parlamento autónomo y las juntas provinciales de cada provincia con sus respectivas competencias y administraciones), cuatro poderes ejecutivos y sus administraciones. Si a estas estructuras político-administrativas agregamos otras competencias como las municipales y las emanadas de la Unión Europea, es posible que la ciudadanía viva sus relaciones con la administración pública con temores, angustias y ciertas desesperanzas, especialmente la iniciativa empresarial y los ciudadanos en general. En definitiva, las distintas fuerzas políticas existentes en las dos grandes corrientes, la nacionalista y estatalista, y que están mediatizadas por el foralismo provincial, han contribuido a la creación del actual entramado político-administrativo del País Vasco en el que se ha ido construyendo, por una parte,

una fuerte comunidad política unitaria con necesidad de identidad nacional y de competir con el Estado en el proceso de transferencias, y, por otra parte, y en oposición a la anterior, una fuerte identidad provincial que por medio de la foralidad acarrea el debilitamiento de la comunidad unitaria (la nación) y la exaltación de la provincia foral como comunidad histórica y política. La evolución política-institucional del País Vasco oscilará entre el jacobinismo unitarista y el foralismo que potenciará el hecho diferencial histórico, tendiendo a mantenerse en un plano parecido lo nacional vasco y español. Hemos de concluir vista la reciente evolución histórica de ambas propuestas, la nacionalista jacobina y la foralista, que el redimensionamiento institucional administrativo se efectuará racionalizando la dimensión de la administración autonómica con su reducción y en favor de las instituciones forales que aumentarán su influencia acorde con su poder económico por medio del control del sistema fiscal, la Hacienda Foral y los Concierdos Económicos. Por lo tanto, esto nos hace entrever que la lucha por el reparto del poder girará en torno a estas tres cuestiones: Estado, Autonomía y Foralidad. Tres poderes que se contrapesan y de los que surgirán nuevas propuestas ideológico-políticas que sesgarán a los propios partidos y sus concepciones respecto del Estado, la construcción de la nación vasca y el régimen foral provincial.

En resumen, como hemos señalado, en este final de siglo continúan existiendo factores económicos y de índole político que siguen generando incertidumbres en la realidad política, institucional y económica vasca como para pensar que se puede producir un cambio en la tendencia inversora y económica general respecto de otras realidades. No tenerlo en cuenta sería autocomplacerse en el engaño, sería no intentar, al menos, poner los medios que posibiliten el cambio de la tendencia. Esta es una labor colectiva, y que pasa previamente por los responsables institucionales y políticos, que tienen que dar ejemplo, desde sus ámbitos, favoreciendo la estabilidad institucional y la desaparición progresiva de los factores de incertidumbre, los cuales están reñidos con la inversión y el progreso económico.